

# Esencia de trementina



Miguel Romero Cardiel



# **Esencia de trementina**



# Esencia de trementina

Miguel Romero Cardiel

(Concursante al PREMIO HERRALDE  
DE NOVELA 2017)

© 2017, Ediciones Experiencia  
© 2017, Miguel Romero Cardiel  
[www.miguelromerocardiel.com](http://www.miguelromerocardiel.com)

Edita: Ediciones Experiencia  
C/ Ametllers, 16 - local A  
08320 El Masnou (Barcelona)  
Tel.: 93 241 10 25  
Fax: 93 241 31 29  
[ediciones@edicionesexperiencia.com](mailto:ediciones@edicionesexperiencia.com)  
[www.edicionesexperiencia.com](http://www.edicionesexperiencia.com)

Ilustraciones portada e interior: C. Dolz Ulldemolins

Primera edición: diciembre 2017

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Depósito legal: B. 3.032-2017  
ISBN: 978-84-947940-7-0  
Compone: Gràfiques 92, S.A., Avda. Can Sucarrats, 91  
08191 - Rubí (Barcelona)  
*Impreso en España – Printed in Spain*

*Este libro está dedicado a Miquel y Anna, mis hijos,  
y a todas esas personas (para mí especiales)  
que han tenido la bondad de acompañarme a lo largo  
de todo este camino que llamamos vida.  
Es para todas ellas, sin excepción, su destino.  
Mi más sincera gratitud también.*





*“Is the poor gentleman much hurt?” she asked.  
“He is died,” cried several voices.  
“No, no, there’s life in him!” shouted another. But he’ll be gone  
before you can get him to hospital.”  
“He is a brave fellow,” said a woman. “They would have had  
the lady’s purse and watch if it hadn’t been for him. They were a  
gang, and a rough one. Ah, he’s breathing now.”  
“He can’t lie in the street. May we bring him in, marm?”  
“Surely. Bring him into the sitting- room. There is a comfortable  
sofa. This way, please!”*

*(Sir Arthur Conan Doyle: A Scandal in Bohemia)*



# Índice

<b>Libro I.</b> 1950 .....	13
<b>Libro II.</b> 1949 .....	73
<b>Libro III.</b> Días de abril de 1950 .....	109
<b>Libro IV.</b> Días de abril/mayo de 1950 .....	147
<b>Libro V.</b> Medios de mayo de 1950 .....	191
<b>Epílogo</b> .....	221



# Libro I

1950





# 1

Caía la tarde. El día había estado gris y había dejado una intensa lluvia sobre Barcelona. Hacía fresco.

Caminaba con las manos dentro de los bolsillos de mi chambergó y con la cabeza baja. Un viento remolón jugaba conmigo. Me irritaba los ojos, peinaba mis cabellos a su manera y me levantaba las alas del gabán. Mi mente fantaseaba con el calor de una estufa, un pijama limpio, el confort de un buen colchón y el roce de unas sábanas de fino algodón recién lavadas.

Deambulaba por la avenida de la Diagonal absorbido por un mar de dudas cuando, al llegar a la plaza Mosén Jacinto Verdaguer, me alcanzó la noche sin darme cuenta. La humedad se dejó notar aún más. Desde allí me deslicé por el paseo de San Juan hacia la plaza Tetuán. Continué por la Gran Vía hasta la plaza de las Glorias, en un trayecto que resultó ser del todo vaporoso, fruto de la humedad reinante.

No se lo conté a nadie, pero aquel anochecer, el itinerario me llevó a cruzar la plaza de las Glorias flirteando con el contorno de los Encantes Viejos no por mera casualidad.

Sentí canguelo al acercarme. El caso es que, desde la distancia, distinguí dos corros de personas separados por una escasa decena de metros, junto al muro exterior que forman las paradas del mercado. Al parecer, escondidos de la claridad de la luz que proyectaban las farolas y disimulados por la sombra que alargaba la vecindad de los muros del mercado que fundían a negro la penumbra; ocultos de probables miradas vigilantes o indiscretas.

Di por hecho que llevarían calando —como era habitual— de qué modo solía gastarlas la pasma. De qué manera les asediaban y de la poca cancha que les dejaban en su día a día.

Los que representábamos el orden público poseíamos la habilidad de saber intervenir antes de que la liaran parda.

Pensé: «Reunión de pastores, ovejas muertas». Me dieron mala espina.

En una lengua del todo extraña para mí, aparentaban estar conversando acaloradamente entre ellos, pero al mismo tiempo con discreción.

Di por cierto que aquella jerigonza era caló. Pero no supe interpretar si el contexto de aquellas improvisadas tertulias y corros era grave o desenfadado.

El primer grupo al que di alcance resultó ser de mujeres. Enseguida, y a medida que me acercaba, distinguí sus voces gitanas. Al aguzar el oído me percaté de que, por el deje y lo casi ininteligible que me eran sus palabras, debían pertenecer sin ninguna duda a ese clan. Su indumentaria y sus ademanes me lo corroboraron al rebasarlas. Yo era un lince para eso de las pesquisas. Había sido un Secreta.

Más allá, y tras haber alcanzado el primer corro, di cuenta de que el segundo, el que me quedaba más separado, estaba formado solo por hombres. Por sus semblantes serios y sus voces graves, deduje que estaban tramando algo. Quizá nunca sabría qué. O sí...

Barajé la posibilidad de que estuvieran gestando un ajuste de cuentas, una boda gitana o simplemente chismorreando sobre cualquier asunto acaecido recientemente en el mercado. Tal vez estaban discutiendo sobre un asunto de más importancia. En cualquier caso, había motivos para pensar en ello.

Por si las moscas, pasé con discreción y sin hacerme notar por aquel lugar. El postureo innato se me daba bien, era capaz de fingir con toda la naturalidad del mundo.

Completé mi trayecto hasta La Estrella, pensión donde me hospedaba desde que me cesaron del Cuerpo de la Policía Secreta por cuentos que yo creo que no tenían que ver conmigo.

Estaba situada en el barrio de Pueblo Nuevo. Un poco más abajo de la plaza de las Glorias, concretamente en uno de los



chaffanes que forman la confluencia de la calle Marina con la de Pallars, cerca de la Estación del Norte.

Llamé a la puerta sin complejos, ya que empezaba a sentir que el frío estaba llegando al tuétano de mis huesos. Además de esa circunstancia, desde hacía unos meses, era algo así como «mi dulce hogar».

Me abrió la casera, doña Begoña — así me dirigía a ella por el respeto que me infunde toda viuda —, y mi sorpresa fue encontrarme a Adelita sentada en uno de los vetustos sofás a la izquierda del mostrador de la modesta recepción.

Al aparecer, hubo un cruce de miradas de complicidad entre ellas. Primero pensé que venía a pedirme dinero para acabar de pasar el mes, aunque ella no era de esa calaña y tenía su sustento. Otra posibilidad era que viniera a visitarme. Hacía días que no nos veíamos. Pero, por la hora que era, la segunda hipótesis era extraña. Total, que, una vez más, erré el tiro.

Los dardos no se hicieron esperar y Adelita, la que era mi compañera sentimental desde hacía algún tiempo, comenzó a lanzarlos. Me tuve que poner serio y contenerla.

—Eres un pendejo. Me la has dado con queso de nuevo. ¿Crees que soy una idiota o qué, Fernando?

—No soy un pendejo. ¡Te lo juro por la gloria de mi santa madre! No me he ido de picos pardos, ni a distraerme. ¡Suficiente distracción tengo! ¡Cómo te atreves a llamarme pendejo! ¡¿Será posible?! ¡Me he ausentado para realizar unas pesquisas! ¡No comprendes mi situación desesperada? ¡Carajo de mujer!

—Es que...

No la dejé acabar. Estaba nervioso. La parienta me puso frenético.

—Es que... ¿qué? ¡Venga! ¡Suelta! ¡Larga esa lengua, Adelita! ¡Déjate ir una vez más, si tienes narices!

- Es que... nada. Mejor que cierre el pico, Fernando.
- Me parece una buena opción, Adelita. Mejor callada. Así no me obligas a decir sandeces ni necesidades. Ni me sacas de quicio. ¡Que hoy tienes un día...! ¡Uf, qué horrible!
- Si quieres sigo otro día, pero tengo que decirlo.
- Pues habla, pero no conmigo. Si acaso, de otro asunto. Pero sin calificativos, ¡eh!

Finiquitado de manera abrupta el diálogo, Adelita se puso el abrigo, se enrolló la bufanda al cuello, abrió la puerta y se marchó tras la ácida discusión. Posiblemente con lágrimas contenidas en sus ojos. Era muy sensibilera, ella.

Subí a mi habitación. Triste, me eché en la cama y me quedé adormilado.

## 2

Desperté de manera súbita en la penumbra del cuarto. Empapado en sudor frío. Aquella noche, no encontrar el cuerpo de Adelita para que me reconfortara como otras veces representó un palo. Mejor, una condena. Un suplicio.

Enseguida eché en falta su calor, las caricias con las que me endulzaba la madrugada de los días que, por una razón u otra, compartíamos cama.

También percibía que, al sufrir en mis propias carnes estar momentáneamente sin obligación alguna, iba apagando mi personalidad y perdía el buen humor con facilidad. Por pequeño que fuera el desencuentro.

No sé por qué demonios solía transpirar en exceso de madrugada y me desvelaba al enfriarse el sudor. Lo atribuía a que quizá sufría alguna enfermedad subyacente. Había razones, me perdían

las mujeres. Pero era más cabal pensar que era solo una derivada de la nueva coyuntura de oficio que soportaba desde no hacía mucho. Me preocupaba en exceso. Esa era la única razón capaz de explicar mi exudación. Los ahorros iban menguando y estaba suspendido de empleo y sueldo *sine die* del Cuerpo de la Policía, a la espera de que se resolviera un *affaire* que se me hacía interminable.

¿El responsable del desaguisado? Don José Negrete, inspector jefe de la Policía Secreta, mi superior. Fue el inspirador de mi cese. Posiblemente circunstancial. Pero suspendido al fin y al cabo. Hasta que el juez que llevaba la instrucción resolviera.

Me había visto envuelto — sin culpa alguna, eso sí, lo juro por mi madre — en un trapicheo de contrabando de antigüedades que investigaba y del que era encargado.

Un tal Amador Heredia era el sospechoso. Yo iba tras sus pasos. El destino hizo que me fijara en un detalle durante una de mis rondas y lo detuviera.

Pero al parecer fue más listo que yo y, una vez en comisaría, supo implicarme ante mi superior manifestando, en su declaración adulterada, que daba cobertura a todo el teje maneje a cambio de pingües gratificaciones por hacerme el ciego, el sordo y el mudo desde hacía tiempo. Negrete lo dio por cierto o aprovechó la circunstancia por alguna razón que ahora ignoro.

Me quité el pijama. Estaba húmedo como la arena de la playa tras la resaca de un fuerte oleaje. No tenía otro de repuesto. Me vestí con la camisa y los calzoncillos de la víspera del revés. Puse una toalla de baño seca sobre la sábana para aislar la humedad y me volví a quedar dormido por poco rato.

Se volvió a interrumpir mi descanso. Ahora por culpa de una pesadilla. Estaba siendo zarandeado por unos hombres de tez morena, ojos oscuros, estatura mediana, dejes gitanos y vestidos a la manera. Me recordó la anécdota de la víspera, la coincidencia con los dos corros de zingaros en la plaza de las Glorias.

Me dio reparo la visión, mal fario. Total, que me levanté de la cama, me lavé la cara, volví la camisa y los calzoncillos del

derecho para ponérmelos de nuevo, me fregué con colonia barata el torso y me vestí. Me dije: «Si algo te asusta, ve a su encuentro. Es el único modo de desprenderte de ello».

Bajé a desayunar.

### 3

Doña Begoña Fontrodona, la casera, era una mujer entrada en años. Su contenida obesidad y redondez obedecía a su madurez más que a su apetito —además, la manduca en el hostel era más bien frugal y dudo que se resarciese en la cocina después o antes de cada colación, pues era austera como casi todo mortal que resiste una guerra—. De cabello negro como la tinta de calamar y ojos oscuros y saltones. De estatura semejante al de un tapón de botella de champán. Castigada por la fraternal guerra civil de 1936. Catalana. Habladora. Tacaña. Dura, pero tierna a la vez. Estas eran sus características más destacables. ¿Honrada? Por ella, pondría la mano en el fuego.

Según me confesó una vez, sufrió mucho en la contienda. Soportó hambre y muerte entrañable incluida.

Una tarde de esas que dejaba de olisquear la ciudad por falta de ánimo y por exceso de hastío y me quedaba a charlar con ella en la recepción para pasar el rato y figonear en su vida, me contó que enviudó de un tal Alfonso Jumilla, murciano y emigrado a Barcelona hacia los albores del año 1918, ciudad en la que estudió maestría mecánica en la Escuela Industrial, alcanzando el título de maestro sin perder ningún curso académico.

Según me relató doña Begoña, Alfonso encontró enseguida trabajo de tornero ajustador en lo que fue la fábrica de automóviles Elizalde. Sus conocimientos y su destreza le llevaron a ha-

cerse cargo de la línea de preparación de motores de avión que Elizalde, a requerimiento de la Aviación Militar Española, había empezado a construir: los célebres T-41 y T-80.

Me relató que, en la Guerra Civil, Elizalde fue colectivizada bajo el nombre de SAF-8 y fabricó material de guerra, especialmente bombas de aviación, en la que Alfonso también participó con su pericia. Eso llevó a que Elizalde fuera bombardeada en dos ocasiones, una desde el mar y la segunda desde el aire. Sucedió en marzo de 1938, creo recordar. Fue el fin.

Expuso que el primer bombardeo tuvo lugar el día 13 de febrero de 1937 a las diez de la noche: «El crucero italiano *Eugenio de Savoia* comenzó a lanzar obuses sobre la fábrica que ocupaba una manzana del paseo de San Juan, acotada por las calles de Rosellón, Bailén y Córcega. Apuntaron un poco alto, y el primer obús impactó en la calle de Torrijos, en el barrio de Gracia. El segundo dio de pleno en el blanco. La fábrica quedó del todo destruida y dejó más de una veintena de víctimas, entre ellas mi Alfonso, que perdió la vida dejándome viuda».

Le pregunté qué hacía trabajando a esas horas. Respondió: «A esas horas de la noche, Alfonso estaba haciendo unas horas extras en la fábrica. Al parecer llevaban retraso en la fabricación debido a los cortes intermitentes de fluido eléctrico y a las pausas que generaban las sirenas que eran el aviso para descender al refugio en caso de bombardeo. Esa noche debió de hacer caso omiso de la alarma, pues el toro le pilló desprevenido y le reventó el cuerpo. Sin lugar a dudas, resultado de la onda expansiva y la metralla de una de las bombas que hicieron blanco en la fábrica. Encontraron su cadáver deshecho, como una hamburguesa, al pie de su banco de trabajo y bajo una montaña de escombros».

Una vez enterrado su marido, don Alfonso Jumilla, y sin descendencia conocida, doña Begoña me explicó que optó por estudiar corte y confección sistema *parisien* en una academia situada en la plaza de l'Oli, con el propósito de aprender una profesión para encontrar trabajo. Hasta el momento del triste deceso, había dependido económicamente de su difunto esposo.

Aunque nunca llegó a ejercer de costurera, según me dijo, ya que poco después de finalizar sus estudios recibió una herencia: un caserón de su abuela paterna en el País Vasco.

Su venta le permitió adquirir una pequeña parcela de terreno en la Ciudad Condal para construir un hostel humilde: La Estrella. Con él se ganaba el pan. Aunque fuera a golpe de madrugones, de irse a dormir a horas intempestivas, de tener que levantarse a media noche para abrir a un asiduo o tratar, a veces, con parroquianos de mala vida.

## 4

Doña Begoña me sirvió el desayuno como cada mañana, un café con leche y unas escuetas galletas Birba. A medida que pasaban los días, parecían ser más ligeros. Posiblemente, a consecuencia de un presupuesto apretado. El importe de doce pesetas diarias (desayuno y cena incluidos) no daba para tirar cohetes. Era de sentido común pensar así.

Tomó asiento en mi mesa. Exhibía, como era habitual en ella, un delantal blanco impoluto encima de la blusa y la falda. Temblé por lo que se avecinaba. Y así sucedió. No se lo pensó dos veces para largarme una reprimenda sobre el trato que había dado a Adelita la noche anterior.

Me aconsejó qué hacer para pedirle perdón. Yo bromeé con anticipación y le espeté: «Doña Begoña. ¡Está de coña!». Ella se ruborizó. Pero no malinterpretó la frase, ya que sabía que en el fondo lo decía con cariño. Eso sí, en público nunca le solté esa expresión, porque no fueran a pensar otra cosa y por el profundo respeto que sentía hacia ella.

Emprendió su rapapolvo:

— ¡Ay, ay, ay, Fernando! ¡Que me sabe a Calisay! Ayer no estuvo acertado con Adelita. Ella le quiere. A su manera, pero le quiere. Lo sé. Se le entornan los ojos solo de oír su nombre. ¿Quiere que le dé un consejo gratis, Fernando? Espiritual. No vaya a pensar otra cosa. ¿Sabe, Fernando? Bajo mi punto de vista, debería de ser más paciente con ella. Menos impetuoso. Total, si solo quería hablar con usted. No son formas, Fernando. Su elegancia, sus maneras y su saber estar alcanzan para mucho más. Le conozco bien pese al poco tiempo que lleva hospedado en este humilde rincón. Por aquí pasa mucha gente y servidora de usted se va curtiendo. Pídale disculpas. ¡Venga, hombre! No se lo piense.

— Doña Begoña, entiendo lo que dice. Pero solo conoce una parte del desaguisado: lo que ha visto. Es celosa. Cree que las mujeres me pierden. Y aunque es en parte cierto, no me dedico a perseguir faldas ni tacones de aguja. Mis paseos obedecen más bien a la necesidad imperiosa que tengo de reflexionar sobre mi nueva realidad y encontrar una solución, aunque sea un parche, más que a la pasión. Pero ya que la considero una buena confidente, o mejor, casi como una madre, seré sincero si le digo que mujer que veo, mujer que me turba. He probado el bromuro, pero no ha producido efecto alguno en mi apetito. Soy plenamente consciente de ese rasgo inequívoco que puede rozar la ninfomanía. Pero esté tranquila, que me controlo. ¿Me comprende, doña Begoña?

— ¡Ay, hijo! Como sois los hombres. Bueno, todos no. Mi Alfonso, que en paz descanse y que Dios lo acogiera confesado, solo me veía a mí. O al menos eso es lo que imagino. ¿Sabe qué? Prefiero pensar así. Aunque, recapacitando, el día tiene veinticuatro horas y da para mucho. No quiero proseguir. Podría enervarse donde se encuentre. Además, no tengo pruebas de ningún tipo de que fuera de otra manera de cómo lo mantengo vivo en mi recuerdo. Olvide lo que le he dicho. No me haga caso. Ya ve, se han despertado los celos en mí también. Lo siento.

Constaté que los celos andan sueltos. Y que, como canes abandonados, buscan calor allá donde se encuentre. Para mí eran difíciles de comprender, pues nunca había experimentado infidelidad amorosa alguna, todo lo contrario, podía haberla provocado.

Dejé el alma de Don Alfonso Jumilla limpia como una patena. Proseguí respondiéndole de la siguiente manera:

—Hombres como él no abundan, doña Begoña. Créame usted. Los dedos de una mano bastan para contarlos. Y su Alfonso debió ser uno de ellos. Créame. Siento que un obús de un crucero espagueti, el *Duque de Saboya*, se lo llevara. ¡Nunca encontrarán perdón para lo que hicieron con Alfonso y Barcelona. ¡Atajo de cabrones!; Eso es lo que eran! —exclamé—. Peor, mirándolo bien, eran delincuentes comunes. ¡Cobardes! Disparar desde lejos sin tener consciencia de las vidas que siegas ni tener en cuenta las vidas que trucas, también sé yo —zanjé.

Rematé el desayuno con el regusto amargo que me dejó un sentimiento de culpabilidad por la pelotera que tuve con Adelita tras la reprimenda. El calado de las palabras de doña Begoña tocó fondo en mi corazón. Vaya, que tuvieron su efecto. Reflexioné sobre las mismas.

El sabor de las Birba se transformó en agrio. El recuerdo en amargo. La experiencia en fracaso.

Me puse la gabardina, la bufanda y el sombrero para pasar lo más desapercibido posible en mi ronda diaria que hoy sería especial, y tomé la calle en dirección hacia la plaza de las Glorias.



## 5

Aquel día el ambiente de los Encantes estaba tranquilo, me refiero a que no se dio trifulca alguna. Para tratarse de un sábado, era algo inhabitual. No hubo correrías, ni persecuciones; ni reyertas, ni ajustes de cuentas. Un día de tránsito, vaya. Era un mes de enero, pero no recuerdo la fecha exacta. Solo sé que era sábado.

Conforme me acercaba al mercado, me subí el cuello de mi gabán Terlenka, que había adquirido en el Cortefiel de Puertaferrisa hacía pocos años. Me bajé el sombrero de fieltro y me puse unas lentes oscuras para tratar de ocultar mi semblante en el lugar.

Me palpé los bolsillos para asegurarme de que llevaba la copia de la placa de subinspector de la secreta, ya que la original y el correspondiente carné acreditativo los entregué cuando me dieron de baja del Cuerpo, así como el arma reglamentaria y unas esposas.

Pero me agencí rápido un arma belga: un viejo Nagant del calibre 9,4 mm con capacidad para seis cartuchos, comprado en la trastienda de un bazar de las Galerías del Puerto, ubicadas cerca de un célebre restaurante donde sirven succulentos arroces.

Un arma de fuego siempre ofrece ese plus de seguridad necesario para la integridad física de una persona que trata con maleantes a diario. Intimida más que una mirada y es mucho más efectiva que una placa identificativa o un puñetazo en el estómago a modo de saludo.

De esa guisa me puse a deambular, atento a cualquier rostro que se asemejara a los que rastreaba. Presentía que podía dar con alguno de ellos en las callejuelas y los pasadizos laberínticos del mercado.

Había suficiente personal para distraer mi guardia y convertirla en menos tediosa, aunque en más exigente la vigilancia. Y

también se veía alguna que otra buscona detrás, preferentemente, de algún lechuguino con indicios, si no de holgada alcornia, sí de posición acomodada. Solían observar si las carteras de estos estaban llenas de buen papel moneda. Lo hacían al ir a saldar cualquier transacción. Una vez comprobado qué y cuánto las nutría, tentaban a los pardillos —sin importarles la edad— primero con sus encantos y fingiendo después desde un tropiezo a un desmayo delante del ingenuo seleccionado previamente con la debida agudeza, para reclamar su atención. Esas mujeres eran unas virtuosas en eso del arte de la interpretación escénica y en buscarse la vida.

Llegó la hora del mediodía. El apetito espabilaba y cada vez había más aglomeración en el mercado. Así que me di una tregua y me hice con un sitio de pie junto a la barra de un *bareto* contiguo a una de las callejuelas.

Di buena cuenta de un bocadillo de chorizo, unas aceitunas para distraer el gusto persistente de pimentón y una birra rubia, para hacer tiempo y reconciliarme con mi estómago. Uno nunca sabe lo que durará la guardia. Tenía gazuza y debía saber atenderla, siempre y a tiempo, no fuera caso me diera un bajón de azúcar que redujera mi nivel de alerta. Debía estar presto.

Apurado el improvisado pisco, retomé la vigilancia y reemprendí mi ronda a pie por las callejas ahora repletas —más que antes— de público. Al llegar a la puerta norte, donde estaban los excusados, le eché el ojo y más tarde el guante. Era Javier Vargas, alias *Kavi*, uno de los compinches de Amador Heredia según los resultados de mis pesquisas anteriores en el Cuerpo de Policía. No era el primer encuentro. Era fácil identificarlo, pues tenía una cicatriz de arma blanca en la frente derecha y otra en la mejilla izquierda. No eran gran cosa, pero lo distinguían, a parte de su tez oscura y su aire de rufián.

Él no me reconoció, a pesar de que coincidimos hace tiempo y no precisamente tomando café o jugado al mus. Había pasado una noche en la comisaría de Vía Layetana por intervención mía.

Mi atuendo —gabardina, gafas de sol, sombrero...— favoreció ser ignorado por él aquella tarde. El gentío hizo el resto.

Me acerqué por la espalda mientras estiraba el cuello para vigilar por encima de las otras cabezas. Cuando lo tuve a la distancia de mi aliento, con una maniobra rápida lo intimidé con disimulo en medio de la caterva.

Le encañoné con el revólver camuflado bajo la gabardina. Nada más percibir el cañón en uno de sus riñones, levantó las manos de manera mecánica. Seguro que se acordó de la garatusa por la obediencia de la que hizo gala tras sentir el arma apuntándole y presionando una de sus entrañas.

Musitándole unas palabras al oído, le propuse bajarlas enseguida para no llamar la atención. Y le sugerí que se dirigiera a la zona de excusados sin hacer trampas, dejándole notar el cañón del arma en uno de sus riñones en todo momento para que se enterara de que no me andaba con chiquitas. De esa suerte recorrimos los metros que nos separaban de las letrinas de un mercado del todo singular.

En el primer retrete libre que encontré le metí de malas maneras. Yo lo hice detrás de él con disimulo, para no dar que pensar otra cosa a los curiosos que pudieran estar observando. Cerré la puerta tras de mí con el pestillo de seguridad. «¡Perfecto!», exclamé.

Él no chistó en absoluto. Sabía cómo las gastaba si me ponía de mala leche. Lo había soportado hacía poco. Abrí la luz sin dejar de encañonarle. Ahora, con el arma vista. Tiré de la cadena de la cisterna de la placa turca repleta de excrementos de usuarios sin escrúpulos. Olía a desinfectante fuerte y a cloaca. Podía haber tumbado a cualquier mortal, aquel efluvio que emanaba por el desagüe. Algo de infierno poseía aquel lugar inmundo.

Le hice sentarse de cuclillas y poner las manos tras el cogote.

Para nuestra fortuna, las dimensiones del retrete eran aceptables y ello propició sentirnos más cómodos en un lugar nauseabundo.

—Le advierto muy heroico por este lugar, jefe. Pero a la hora de la verdad puede que se achante —inició el diálogo con insolencia, alias *Kavi*.

—¡Guarde su lengua gitana, miserable! Aquí el que interroga soy yo. Le voy a meter la cabeza en el desagüe, por donde se va la porquería, como no se calle. No me ando con chiquitas. ¡Será sarasa! —afiné el discurso para que se diera cuenta de mi intransigencia dirigida a destapar la verdad.

Guardé el revolver en el bolsillo de mi gabán y le propiné un par de severos guantazos en el rostro para que viera que el asunto no tenía tono festivo. Pareció entenderlo enseguida porque se puso blando.

—No sé nada, subinspector Amorós. Le juro que no sé nada.  
 —¿Y cómo sabe qué le voy a preguntar? No sea veleta. Aclárese y póngase de un lado ya claramente. Por cierto —proseguí—, ¿qué virguería de coche tiene para los tiempos que corren, colega! Me encanta ese Ford negro. ¿Dónde lo consiguió? ¿No será de contrabando o tal vez producto del dinero obtenido por vender cosas que no se deberían poder comprar? Dígame la verdad o le corro a ostias como en los viejos tiempos. Me acaba de desvirgar la paciencia, *Kavi*. Usted y los otros. —Continué sin dejarle responder—: Dígame ahora mismo dónde se encuentra esa alimaña apellidada Heredia. Le necesito. ¡Y no me vaya a vacilar! Dentro de poco, si no canta estará tan pringado como yo. ¡Cante o le forro a ostias! ¡Venga! ¡Se me acaba la paciencia! ¡Rápido, que se me agota y no hay en venta! ¡Aquí huele muy mal!

—Si me calienta otra vez, tarde o temprano, se lamentará —largó la lengua sagaz de un apuesto *Kavi*—. De eso me encargaré personalmente. No será el primer recado que cumplo. No transijo.

Le así de las solapas del abrigo y le puse de pie. Le asesté un puñetazo en la boca del estómago con mi zurda. No se esperaba la dádiva. Un movimiento rápido de mi derecha le buscó la mandíbula mientras se derrumbaba cariacontecido por la situación y dolorido. Cayó de rodillas y, doblgado sobre sí mismo, encima de la placa turca rodeada de un mar de meados. El ambiente apestaba.

Muy a pesar del mal olor y de mi denostada violencia, no fueron condiciones suficientes para sacar información alguna. Era duro ese tal *Kavi*. Pero yo era como el agua, blando. Y lo blando, tarde o temprano, esculpe la dura roca a golpes de perseverancia. «Todo es cuestión de tiempo», me dije.

Mi presencia se borró de los Encantes y posiblemente intimidó a *Kavi*. Eso me convenía, pues sería interpretado como una misiva para su patrón.

Me volví con las manos vacías y con la pregunta por responder. Era tarde y la tarea, aunque a medias, se había ejecutado.

La luz del día comenzaba a extinguirse para transigir la de las escasas farolas. Era el entreacto sorprendente del crepúsculo donde el dibujo de las sombras desaparece del suelo y a uno le parece que le llega la hora de recogerse en su casa por prudencia, antes de que el farolero entre en escena como advertencia de que el sereno no tardará en hacer sus rondas y sus preguntas.

De sobras conocía que un gran número de ellos eran confidentes. Cobraban entre trescientas y quinientas mensuales más envenenadas propinas. En las barberías había, como mínimo, también un chivato. Lo mismo en bares y restaurantes.

Sabía de primera mano que, permanentemente, un miembro de la Brigada Político Social interrogaba a toda esta chusma de botarates indiscretos para averiguar de qué hablaban los sospechosos, a qué hora se recogían en casa, las visitas que recibían, etc.

El terror y el miedo al chivatazo o que alguien largara más de la cuenta a la Policía, siempre a cambio de algo, era el mejor caldo de cultivo para generar desconfianza en la sociedad española que me tocó vivir.

Tenía que andarme con ojo. Los serenos no rondaban simplemente las calles por razones de seguridad del vecindario.

Vigilé que nadie anduviera tras mis pasos. Pese a tener la intuición de que no me acechaban los de ningún sabueso —fuera policía o sereno—, hice un rodeo para despistar por prudencia y silenciarme de posibles miradas inquisidoras.

Llegué a La Estrella más tranquilo, después de haber zurrado aquel facineroso llamado *Kavi*.

## 6

Me encontraba leyendo en mi cuarto relajadamente una novela de Agatha Christie. El capítulo se vio truncado por la voz encumbrada e indiscreta de doña Begoña. Parecía urgente. El canto remontó las escaleras que conducían a las habitaciones de huéspedes desde la recepción: «¡Fernando, al aparato!». «¡Voy!», le respondí a puerta cerrada y desde la cama.

Doña Begoña tenía las rodillas cascadas. Supongo que haber trajinado escaleras arriba y abajo en su vida le debió pasar factura. Total, que había ideado un artilugio: una cuerda, que tenía su inicio detrás del mostrador de la recepción y que, haciendo uso de unas pequeñas ruedas giratorias de borde acanalado sujetas al techo, ascendía hasta el primer piso donde había el otro extremo ligado a una campanilla. Le servía para avisar del comienzo del turno de las cenas y las comidas. El horario de los desayunos era mucho más abierto y algunos huéspedes, además, dormían hasta tarde sus excesos nocturnos producto de timbas secretas, alcohol y mujeres. Pero no daba lugar a utilizarlo para avisar cuando llamaban por teléfono preguntando por alguien en la pensión por razones obvias.

Total, que acto seguido al aviso descendí las escaleras de manera valiente y abrupta.